

# Reseñas

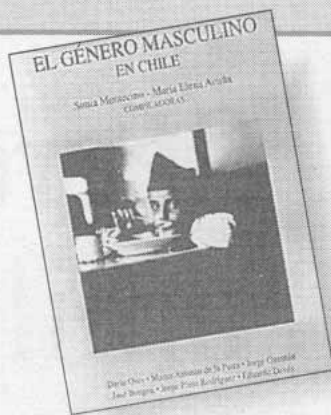
## Diálogos sobre el Género Masculino en Chile

(Sonia Montecino y María Elena Acuña, compiladoras. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 1996, 107 páginas.)

ESTA obra se originó en mesas redondas que tuvieron lugar durante el segundo semestre de 1995, como parte del Programa Interdisciplinario de Estudios de Género, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

Como indica Sonia Montecino en el prólogo, este material permite visualizar la complejidad de la construcción de lo masculino desde las claves que entregan la cultura y la historia chilena. Se trata de seis ensayos que enfrentan la pregunta que el feminismo replanteó: ¿en qué consiste ser un hombre? Para responderla, es necesario referirse al género; es decir, al conjunto de rasgos y relaciones que cada cultura construye sobre las particularidades biológicas o sexuales: de desigualdad, de complementariedad, de subordinación o de igualdad. Las teorías de género analizan a las personas por su sexo, clase, etnia, edad e historia particular; postulan la no existencia del hombre o la mujer como esencia, sino como hombres y mujeres particulares. En esta obra, seis especialistas entregan su visión de la masculinidad desde perspectivas que se van enriqueciendo y complementando unas con otras.

### ESTUDIO



Darío Oses, escritor y periodista, en «Los alardes de la virilidad» sostiene que el paradigma de la identidad occidental masculina sería la utopía del Don Juan. Por su parte, Marco Antonio de la Parra, psiquiatra y también escritor, postula que el discurso modernista ha construido una figura negativa del padre, al dejar a cargo de la madre la construcción y transmisión del imaginario masculino. El profesor y escritor Jorge Guzmán analiza a dos autores que se complementarían entre sí: Gabriela Mistral con el poema **Capercucita y el lobo** y Joaquín Edwards Bello en **El viejo almendral**. En ambas obras se presentaría una polarización: para Mistral, lo blanco sería lo bueno, pero también lo maltratado; en cambio, lo negro y oscuro sería sinónimo de violencia y engaño. Edwards Bello evaluaría lo genérico

con las categorías blanco/no blanco, europeo o criollo; sin embargo, lo femenino también sería ambivalente ya que a la india se la despreciaría racialmente, pero como madre, sería dueña del mundo, administradora y ordenadora de la realidad. El filósofo José Bengoa reconoce tres estadios básicos en nuestra cultura: el mundo mapuche, la tradición de la hacienda y el Estado como institución. En cada uno de ellos, el intercambio de mujeres ha sido la constante; de allí que la memoria femenina atravesase el tiempo; sin embargo, la conciencia de la historia sería masculina. Dos historiadores presentan interesantes perspectivas: Jorge Pinto en «Los lachos andariegos, fuertes y sumisos», analiza el mundo masculino del norte de Chile, donde la figura del «lacho» sería fruto de un machismo legitimado por las mismas mujeres. Y Eduardo Devés, en «Machismo y sadomasoquismo del género», toma dos experiencias, la tragedia de los mineros en Santa María de Iquique y la relación perversa que se establece entre una torturada y sus torturadores.

Estos estudios están excelentemente desarrollados y ofrecen interesantes perspectivas al desafío y complejidad que implica la reconsideración de los atributos asignados a la masculinidad y a la femineidad, al poner de manifiesto una particularidad en nuestra cultura: la marcada ambivalencia presente en ambos géneros: el macho es violento y castigador, pero también es débil. Y la mujer, aunque humillada, subordinada y violada, se transforma en una madre poderosa y en transmisora de la cultura.

María Ester Martínez Sanz